

A través del Pirineo con la Escuela de Montaña

DEL 5 AL 19 DE JULIO DE 1953

Heme aquí con las notas entre mis manos y la mente llena de recuerdos y nostalgias. Fué mi primera salida a la Alta Montaña. . . Con ésto creo explicarlo todo.

Mi pluma intentará plasmar en estas cuartillas lo que ví, convencido de que no será ni sombra de la realidad.

DOMINGO 5.—9,10 h. Estación de Norte de Bilbao. Un toque de campana, un pitido y ¡en marcha hacia Pirineos!

En la estación queda nuestro jefe, al que nunca más volveremos a ver.

Por unos momentos dejo vagar mi pensamiento. La zona que vamos a ver está situada en el macizo central de Pirineos, con grandes alturas y hermosos valles que, a manera de líneas paralelas, se desprenden del gran eje de los Pirineos Centrales.

Sus riquezas naturales le hacen ocupar lugar privilegiado. Los bosques y tierras de cultivo, regadas por numerosos ríos, son de gran frondosidad y lozanía creciente.

Y pocos cual ellos pueden ofrecer una sensación de belleza tan serena; con sus afilados picos y escarpadas cumbres, con sus pequeños y grandes heleros, coronando las verdes pendientes de árboles o prados que en terrazas multicolores suben de los ríos sirviendo de marco incomparable a los pequeños caseríos, limpios y cuidados, con sus negros tejados brillando al sol.

De la limpidez de la atmósfera en este macizo da idea el maravilloso espectáculo que se observa en lo alto de sus cumbres y puertos: los densos nubarrones que sin cesar envían los vecinos valles franceses, se desvanecen como por arte de magia.

Luego de un viaje bastante pesado llegamos a Zaragoza, dirigiéndonos a la Hospedería del Pilar en la que, solo por dormir, nos cobraban 25 ptas. Salimos disparados de allí. Al pasar por la plaza del Pilar, nos preguntaron dos chicas si íbamos a los Campos Universitarios de Trabajo. (Como llevábamos aquellos picos. . . los piolets).

LUNES 6.—Por la mañana, después de oír la Santa Misa en el Pilar, tomamos el tren de la línea Zaragoza-Canfranc que nos llevó hasta Sabiñánigo.

A nuestro paso, desde el tren, pudimos ver las moles majestuosas de los Mallos de Riglos. A la salida de la estación teníamos el autobús correo, que nos llevó hasta Sallent. Terminada la comida tomamos cada uno el material correspondiente, material que no fué excesivo pues la carga de nuestras mochilas no lo permitía. Cuerda de nylon, cordinos, piolets, crampones, etc., fué nuestro bagaje.

Desde este momento nuestro vehículo, durante trece días, consistió en poner un pié delante del otro, y a veces también las manos.

Subimos unos 3 kms. hasta la central que se está construyendo para aprovechar las aguas del lago de Respumoso, del cual bajarán el agua por un túnel escavado en la roca de 600 m. de desnivel, francamente una obra de titanes. El encargado nos autorizó a subir cuatro mochilas (las más pesadas) en las vagonetas elevadas que tienen para su servicio. Se lo agradecemos de veras, pues pesaban. . .

Poco a poco fuimos subiendo hasta llegar arriba, al lago, donde nos demoramos un rato ya que nuestras mochilas estaban allá, en lo alto, metidas en las vagonetas que se habían parado. Entre tanto, el cabo de la Benemérita nos controló los permisos de frontera.

A las 10 h. de la noche emprendimos el camino hacia el Refugio; saliendo de la presa por la derecha, se tiene un camino no muy bien marcado que pasa por al lado del túnel del agua; a unos 10 minutos hay un río que un poco más abajo se junta con otro. Nosotros, por no saberlo, tuvimos que descalzarnos dos veces. En una noche fresquita y con agua de heleros, me direis ni nó estaba fría. Las 11 h. nos dieron cuando abríamos la puerta del Refugio. Allí encontramos a

tres montañeros catalanes que estaban durmiendo. Todos pertenecían al G. A. M.

Preparamos la cena en los infiernillos de gasolina, que han funcionado estupendamente. Y como ya era la una, nos metimos entre las sábanas, léase sacos, y a dormir, que nos lo habíamos ganado.

MARTES 7.—Se levantaron los catalanes, de los cuales uno solo salió, pues los otros habían tenido que hacer vivac en las Crestas del Diablo y estaban cansados. Nosotros desayunamos, tomamos provisiones y en marcha, a la conquista del Balaitús.

Iniciamos la marcha en un día de sol y con bastante calor, subiendo por la ladera hasta llegar a un arroyo que baja del glaciar. Pasamos por un puente de hielo que a aquellas horas (11,30 h. se encontraba helado, por lo que no ofrecía peligro; continuamos por la ladera hasta el final de la hierba, donde descansamos unos minutos pues el calor se notaba. Nos metimos por unas formaciones de rocas, grandes y seguras, que terminan en el glaciar. La nieve estaba bastante blanda, haciendo más penosa la subida y, si a esto añadimos la falta de crampones, se comprenderán los patinazos. Llegados a la Brecha Latour, los primeros de cada cordada ascendieron y a continuación les seguimos todos los demás sin gran dificultad. La ascensión la efectuamos por la roca; había algo de nieve en la Brecha pero estaba bastante blanda y no nos ofrecía mucha seguridad. La subida se realizó sin contratiempo, excepto alguna piedra que se desprendió. Y de esta forma se alcanzó la cima del Balaitús, que según palabras del conocido montañero Pierre Soubiron «es y será siempre la más atrayente, la más grandiosa y la más leal de nuestras cumbres pirenaicas».

Allí permanecemos un cuarto de hora, contemplando unos paisajes que la imaginación se resistía a creer que pudiesen existir.

Aquí... —casi las toco— las Crestas del Diablo, con sus aristas como cuchillos; a la derecha, todo el Circo de Piedrafita; allí, el Vignemale, y al fondo, el Perdido, surgiendo de un mar de nubes. ¡Quién fuera poeta para poder cantar con toda justicia las maravillas de estas montañas!

Con gran pena abandonamos la cumbre, ya que estaba cubriéndose de niebla, y des-

cendimos hasta la Brecha donde con unos «rapels» nos colocamos en el glaciar. Siguiendo el itinerario de subida, llegamos al arroyo en el que no se pudo utilizar el puente de hielo, y tuvimos que dar un hermoso salto. El tiempo empleado en la ascensión, contando descansos, fué de 8 h. aproximadamente.

MIÉRCOLES 8 Y JUEVES 9.—Los días 8 y 9 los pasé de «tumbada». Los diversos miembros del campamento alcanzaron las cumbres más importantes de la zona, siendo de destacar la travesía S-N de las Crestas del Diablo, desde Cristales a Soulano, por una cordada de tres, y que resulta ser la primera escalada vizcaína a estas Crestas.

El día 9 marcharon los catalanes, con los que hicimos una buena amistad.

VIERNES 10.—A las 6 h. de la mañana, iniciamos la marcha. Hacía un buen día. Fuimos subiendo, bordeando un arroyo que lo pasamos por el sencillo método de arrojar unas piedras, hasta llegar al collado de Pecico, donde después de descansar un rato, seguimos bajando asegurados con la cuerda. Cruzamos un nevero de gran inclinación sirviéndonos de la cuerda como barandilla. A continuación bajamos por una pedriza de movimiento regular, que se corría mucho. Luego una ladera de hierba y abajo los lagos de Pecico, de un azul soberbio.

Seguimos por la izquierda de los lagos, y atravesamos unos heleros de gran inclinación, que salvo el susto de algún resbalón, con el peligro de un hermoso baño entre trocitos de hielo (como las botellas de champagne), no tuvieron nada de particular. Entre una densa niebla que nos cubrió en un momento, dimos con el camino que conduce al puerto de Marcadau desde Panticosa, que a veces desaparecía entre la nieve. Siguiendo este camino llegamos al lago de Bachimaña donde un carabinero nos controló los permisos; por toda la orilla del torrente, continuamos bajando hasta llegar al Balneario de Panticosa; detrás de la central eléctrica. A nuestro paso por el torrente encontramos la magnífica cascada del Fraile.

En el Balneario, el Sr. Administrador nos permitió acampar en un terreno muy bien situado, y puso el economato a nuestra disposición.

SABADO 11.—Allí permanecimos en plan de turistas; algunos, nos bañamos en el lago, anduvimos en bote, tomamos blancos y, en fin, hicimos de todo. Otros alcanzaron las cumbres de Garmo Negro y los Picos del Infierno.

DOMINGO 12.—Con harto dolor de corazón abandonamos este bonito lugar de descanso. Soberbias moles de granito le rodean por todas partes: se respira un aire. . . Zarrá, Panizo e Iriondo pasan sus vacaciones aquí. ¡Ah!, lo más importante: te «clavan» que te dejan silbando.

Oímos la Santa Misa, recogimos el campamento, y de nuevo en marcha.

Subimos por un camino que comienza detrás de la Casa de Baños, la del reloj, y al llegar a una casa de aguas se pierde el camino. Lo volvemos a encontrar subiendo unas rocas que hay hacia la izquierda, y al llegar a una ladera de hierba se hace casi imperceptible. No hay pérdida, pues sobre nuestras cabezas tenemos unas vagonetas elevadas que van a la presa. Más adelante lo volvemos a encontrar, formado por piedras, y ya nos conduce hasta arriba. Después del obligado descanso, continuamos por el camino que bordea el lago, por la izquierda, y alcanzamos en unos minutos el collado de Brazato, al pie del monte del mismo nombre; luego vuelve a perderse entre grandes rocas que siguiendo hacia abajo no tienen pérdida, entre ellas hay pequeños ibones.

Comenzó a llover en gruesas gotas; los portadores de las tiendas se desplazaron a la carrera hacia una pequeña campa que habíamos visto, seguidos por los demás. Montamos las tiendas, hicimos una zanja común y nos metimos en ellas. El agua ya no caía en gotas sino «a jarros», y así continuó por espacio de ocho horas.

LUNES 13.—Salió un día espléndido. Nos levantamos temprano y dos cordadas de cuatro salieron para el Vignemale; a mí me tocó quedarme en casa. Luego de estar un rato en el campamento subimos al Pico Bacias. A la derecha del collado de Brazato, siguiendo nuestro camino, se encuentra la cumbre de este nombre, y más adelante, continuando por la cresta, el Bacias, de 2.830 m. de altura.

Permanecimos un rato en su cumbre y luego descendimos al campamento, que se veía abajo y por tanto la bajada fué vertical. A la tarde vino una cordada que se había tenido que retirar por amenazar la rapidez de la otra, y por la noche regresaron los otros cuatro con sus rostros a la vez que cansados, alegres por la victoria obtenida. Hemos de darnos cuenta de que la escalada se realizó por la parte española, más difícil y peligrosa que la francesa.

MARTES 14.—A las 6,30 de la mañana, desmontamos el campamento y emprendimos la marcha hacia Torla. A nuestra izquierda va quedando el Vignemale y nosotros seguimos por el camino de la derecha del río. En la falda del Vignemale a la orilla del río, el cual pasamos por un puente de troncos y tierra, nos encontramos con los hermanos Macedo, de Madrid, con los cuales charlamos un rato entretenidos con un cigarrillo. ¡Qué agradable es encontrar una persona, y más si es conocida! Continuamos a buen paso, ahora por la margen derecha del río; el camino se pierde a veces, pero se vuelve a encontrar fácil. Cerca ya de Bujaruelo el valle se estrecha y el camino se pierde; lo más conveniente es bajar todo lo más que se pueda. Este lugar se reconoce fácilmente por la gran cantidad de árboles que existen.

Llegamos a San Nicolás de Bujaruelo, paramos lo necesario para visar los permisos por la Guardia Civil, y luego a seguir andando.

El camino, bastante bueno, de unos 10 km., nos llevó 1,30 h. exactamente al Puente de los Navarros; un pequeño descanso y a Torla, donde recogimos 50 kg. de provisiones. Llegamos a la 1,15 h. ¡Vaya pueblo! No había pan, ni tomates, ni fruta, en fin, nada. Después de comer llegó un camión de la Escuela de Montaña de Jaca, que nos subió a unos cuantos hasta Ordesa, donde tenían el campamento y lugar de nuestro estacionamiento.

Montamos las tiendas y enseguida vinieron dos tenientes, uno de ellos con una rodilla hinchada de un golpe que se había dado haciendo «rapel». Estuvieron con nosotros hasta que vieron un «jeep» que les traía la paga del mes. Se marcharon a todo correr; el de la rodilla enferma se debió olvidar de

ella, pues corría. . . Seguidamente nos dimos una vuelta por su campamento y allí permanecimos un buen rato. Tenían tiendas de a dos, con sobre-toldo de camuflaje y bastantes sacos de borrego. Estando allí llegaron los demás, que habían estado haciendo algunas escaladas. Entre ellos había dos tenientes italianos que estaban invitados al cursillo. Preguntamos por dos capitanes de la Legión Española, y les entregamos unas tarjetas tuyas que habíamos recogido en el Balaitús, y en algún otro. Nos llevaron a la cantina y entre «teniente coronel» y «teniente coronel», unos vasos de vino de a palmo de altos, charlamos de mil cosas. A las ocho de la noche llegaron los demás.

MIÉRCOLES 15.—Por la mañana salimos de este Valle de Ordesa, con gran pena, y seguimos por toda la orilla del río Arazas, hasta llegar al Circo de Soaso, donde hicimos un pequeño descanso, aprovechado para aprovisionarnos de «edelweis», al lado de la cascada de la Cola del Caballo. Nuestro campamento estuvo montado al lado de la Casa de los Forestales.

Subimos derecho por la ladera hasta las Clavijas de Soaso, clavijas que a mi modesto entender no ofrecen ninguna dificultad, ya que debido al continuo paso de montañeros se ha formado camino. Tirando hacia la izquierda hay un camino que nos condujo hasta el Refugio de Goriz, propiedad de la F. E. M. Nada más llegar nos tomamos una taza de leche que con carnet de federado nos costó tres pesetas, y nos supo a gloria, pues tanta leche condensada ya nos estaba empalagando. Pusimos el campamento al lado del Refugio. Mientras unos descansaban, otros subimos al Fraile y dos se fueron a la gruta de Casteret e hicieron un pequeño reconocimiento, ya que el tiempo no daba más de sí. Los del Fraile ascendimos por el lado izquierdo del Refugio, mirando al Perdido; se sube bien hasta llegar a un corredor que tiene una pedriza. Hay también algunas rocas de pizarra que al agarrarse se iban todas. Llegamos al collado que forma con el Cilindro y ascendimos a su cumbre situada a la izquierda. Encontramos una tarjeta de Vitoria, si la memoria no me es infiel. Descendimos al collado y estuvimos un rato contemplando el Cilindro y el Casco de Marboré.

Llegados al Refugio nos encontramos con los catalanes de Piedrafita y con unos franceses que conocimos en Panticosa. Estos franceses eran un matrimonio protestante con dos muchachos. Alrededor de las 10 h. regresaron los espeleólogos.

JUEVES 16.—Temprano, pues va a ser día de mucho andar, partimos perpendicular al Refugio, tomamos por la ladera hacia arriba hasta encontrar un camino en la pedriza, camino bien marcado con pequeños « Cairns » que nos conduce hasta el Lago Helado del collado del Cilindro. Mientras ocho ascendían al Perdido, cuatro subimos al collado del Cilindro y descansamos un rato. Una vez reunidos todos, emprendimos la travesía del glaciar del Perdido, travesía que se efectuó con gran cuidado, pues se ha de tener en cuenta que la realizábamos tres cordadas de cuatro, la mayoría sin tener experiencia de alta montaña. Y sin ningún contratiempo llegamos a Tucarroya, pasando por entre las tarteras que llenan aquel lugar, nos dirigimos al borde del barranco hasta encontrar el sendero que conduce al valle de Pineta.

Los seracs me produjeron una impresión que difícilmente se me olvidará. Aquel hielo verde botella en el que el piolet saltaba al tallar los escalones y en el que el menor descuido podía ser fatal. A nuestra derecha vimos la cascada de seracs con sus grandes plegamientos que asemejaban las ondas del mar, en fin, algo digno de verse. La vista desde Tucarroya también es magnífica.

Una vez descansado y tomado algún alimento, comenzamos la bajada hacia el valle. El camino es una sucesión de vueltas y más vueltas que terminan por marearte. He de hacer constar que este camino, debido a las numerosas cascadas, está en algunos lugares corrido y es una pena, pues si sigue así terminará por desaparecer, y creo que es absolutamente necesario para bajar a Pineta.

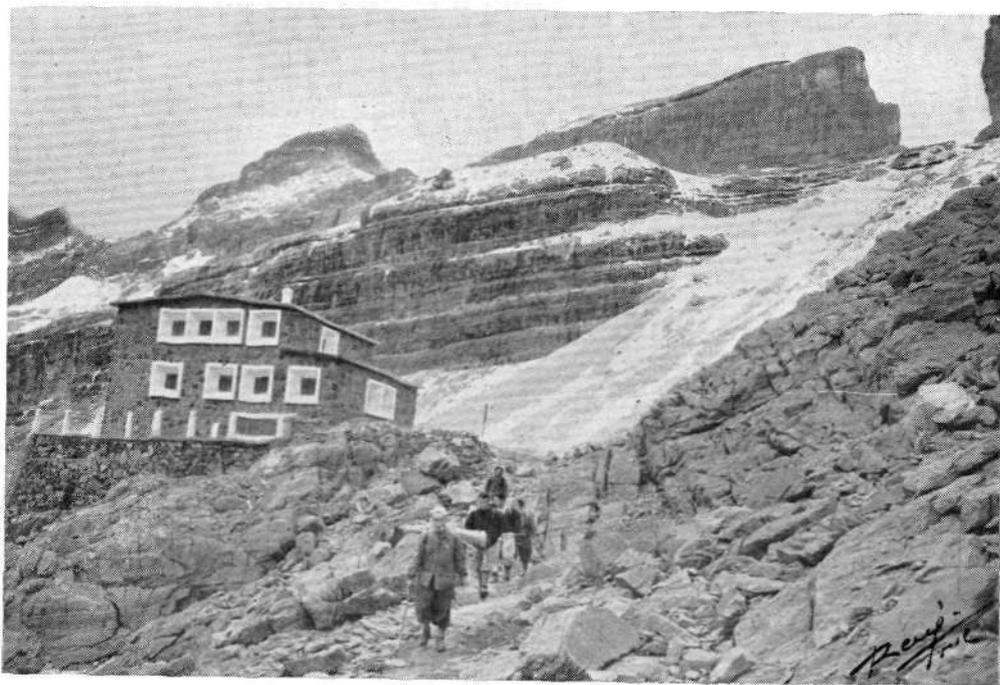
Una vez llegados al valle nos adentramos por un bosque bastante tupido en el que se encuentra gran cantidad de fresas. Tuvimos que atravesar el río descalzos no estando el agua muy fría. Nos dirigimos a las dos primeras casas que están al lado del camino de bajada de Tucarroya. Después de llegar a éstas por un puente de troncos pasamos a las bordas que hay junto a la ermita.



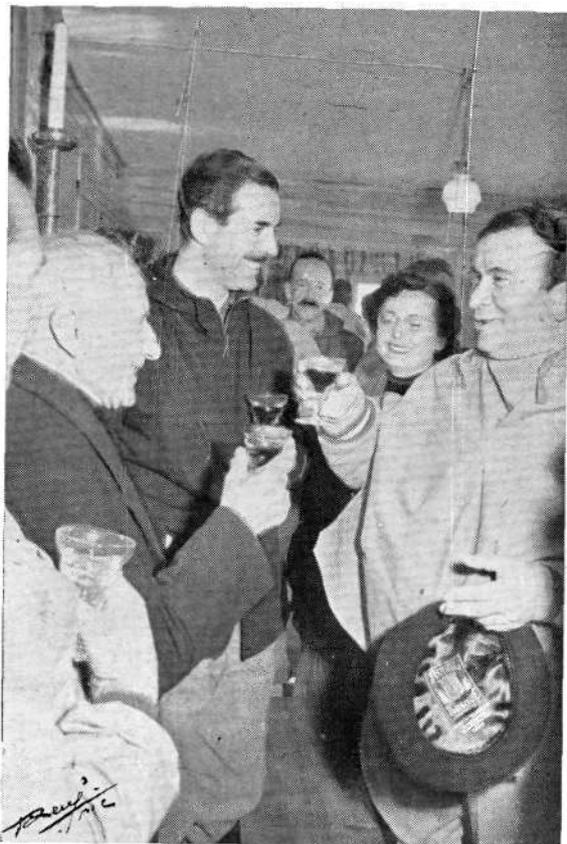
*Mar de nubes en el Vignemale.
Vista tomada desde el collado
de Pecico.*



*En primer término el lago de Campo
Plano, en segundo el de Respumoso.
Al fondo el Midi d'Ossau.*



Nuevo refugio que el pasado día 21 de octubre fué inaugurado con asistencia de Mauricio Herzog, en calidad de Presidente del Club Alpino Francés, sociedad constructora del mismo, en las cercanías de la Brecha de Roldán, a 2.600 metros de altitud. Se encontrará en servicio en los meses de junio a septiembre, así como en la primavera, durante los fines de semana y los días festivos, con el fin de facilitar la práctica del esquí de montaña en aquel macizo. Su construcción es de piedra, con capacidad para 50 personas, siendo el más moderno y mejor acondicionado del Pirineo.



Momento de la inauguración al que asistió el Sr. Delgado Ubeda, como Presidente de la Federación Española de Montañismo, al que vemos en el angulo izquierdo de la fotografía, y a Mauricio Herzog, en el centro.

Llegamos muy cansados pues la «pinrrelada» fué de campeonato. Montamos las tiendas, tomamos el rancho y a dormir.

VIERNES 17.—Este día pudimos dormir todo lo que quisimos; luego de lavarnos de pies a cabeza, unos se fueron a coger fresas y otros, como yo, asaltamos unos cerezos silvestres próximos. En fin, día de descanso.

SABADO 18.—Por la mañana, muy temprano, emprendimos la última marcha por montaña, siguiendo el camino que, por toda la orilla del río, nos conduce a Bielsa. Hacia la mitad nos encontramos con el Campamento Nacional de Alta Montaña del F. J. Allí dejamos a dos de nuestros compañeros que luego continuaron en este Campamento hasta Aneto. Aquí pensábamos encontrar un autobús que nos bajara a Barbastro pero éste no había llegado todavía. Decidimos seguir andando hasta Bielsa, y aquí ya veríamos. . .

Pasamos por un pueblo con cuatro casas y una escuela que parecía estar sin estrenar. Luego hallamos un Sanatorio que estaba deshabitado; más adelante una central eléctrica y, por fin, Bielsa.

Aquí nos encontramos con la patrulla de los capitanes Grábalos y Santa Cruz y los tenientes Vicario y Pradillo, días antes de que ésta sufriera el desgraciado accidente al intentar la escalada de la cara norte del Perdido.

Compramos abundante fruta fresca, ya que desde que comenzamos la travesía no la habíamos probado. Preguntamos por el autobús de línea, del cual nos dijeron que unos días pasa por los pueblos de arriba y otros por los de abajo, ¡este día le tocaba por los de abajo! Gracias a que un señor nos ofreció su camión en el que bajamos por una carretera pésima hasta Salinas de Sin. Comimos y, a la una, con un hermoso sol, nos acomodamos en un autobús que después de 46 kms. nos dejó en Ainsa. Aquí nos dijeron que por el horario de verano en Barbastro no había tren hasta el día siguiente, domingo, día en que algunos tenían que estar en Bilbao, pues el lunes se les terminaba el permiso. Sin embargo en Monzón, célebre por el castillo de la Orden del Temple, en el que pasó su niñez Jaime I «El Conquistador»,

teníamos uno a las tres y media de la madrugada. A las 6 h. bajó un autobús del Campamento Nacional que nos llevó hasta este pueblo, grande y bastante modernizado. Estaban en fiestas y veríais la expectación que causamos; nos dirigimos a la estación donde dejamos las mochilas, y ¡al cine! en el que vimos la película «Peppino y Violetta». Después a la estación a cenar y a ponernos en la taquilla, en la que permanecimos diez minutos cada uno para poder adquirir los primeros billetes. Y aun así todos nos quedamos sin ellos. En el tren nos metimos sin billete, saliendo bastante bien del trance gracias a la comprensión del jefe del tren, y luego de dormir como pudimos, llegamos a a las 7 h. a Zaragoza.

DOMINGO 19.—En la estación tomamos una cosa que llamaban café, cambiamos las mochilas al tren de Bilbao y, ¡rumbo al «Bocho»! A las seis de la tarde, después de un viaje bastante bueno, llegamos a nuestro Bilbao, al que ya teníamos ganas de ver.

* * *

En fin, aquí está todo lo que tenía. Mas antes de terminar, quiero dar las gracias a todos mis compañeros, excelentes camaradas y montañeros, por su constante ayuda a todo lo largo de nuestra travesía.

Y a vosotros, lectores, os pido excusa y comprensión para mis muchas faltas y tan largo «rollo», pues si me animé a escribir fué para hacer más numerosa la participación de todos los montañeros en el homenaje a aquel que supo dar su vida, joven y generosa, en aras de nuestros ideales.

Alcancé una aspiración que todo montañero siente, llegar a la «alta montaña» y que en mi caso tenía mucho de prueba.

En estos días por las ventanas de mis ojos han desfilado un sin fin de maravillas que el Supremo Hacedor nos dió a los montañeros. Os animo a que vayais, si podeis, cuanto antes. Son tierras y paisajes de España, verdaderamente dignos de ver y admirar.

La única pena que tengo es el recuerdo de nuestro primer Jefe y sus tres compañeros, que dieron sus vidas a esa «señora» que es la Montaña.

Luis Maria Dabauza.